

ANDREA RICCARDI*

LA PAZ EN UN MUNDO SIN PAZ Y CON MUCHA DESESPERACIÓN

Hoy la paz está amenazada. Todos estamos muy nerviosos. Aunque solo sea por la nueva amenaza terrorista. Después está la guerra infinita desde hace más de medio siglo en Tierra Santa. En total se calculan 26 situaciones de conflicto abierto: desde Colombia a Pakistán, Nigeria con Boko Haram, y sobre todo Siria e Irak. Por no hablar del conflicto entre Ucrania y Rusia, que ha devuelto la guerra a Europa. Es la amenaza del terrorismo, con su violencia ciega capaz de golpear, como en Madrid el 11 de marzo de 2004 con la muerte de casi 200 personas. Y hace pocos días el desafío del califato a los países europeos, que se va caracterizando como un desafío global con sus mensajes mediáticos e icónicos (las decapitaciones) del terror. Hay una relación entre religión y violencia, que empuja a algunos a mantener que las religiones, especialmente el Islam, son vehículos de violencia. Además existe una violencia difusa, criminal, de masa, como las mafias. Conozco las maras salvadoreñas, mafias de jóvenes, que mataron a un joven de Sant'Egidio, William.

Después de 1989, con el fin del comunismo, mi generación esperó una paz sólida. Se daban las condiciones para una larga estación de paz. Se había comenzado un proceso de negociación sobre Tierra Santa. En Sudáfrica había caído el régimen del *apartheid*. En 1992 se había llegado a la paz en Mozambique, que había terminado con una guerra olvidada que había causado un millón de muertos, y a la que Sant'Egidio contribuyó en la mediación con dos años y medio de negociaciones en Roma. Terminaban las guerrillas ideológicas. Parecía posible el antiguo sueño de un mundo sin guerra, del que habla el profeta Isaías, en el que con las lanzas se forjarán arados y con las espadas podaderas.

* Catedrático de Historia Contemporánea en la Tercera Universidad de Roma, fundador de la Comunidad de San Egidio; fue Ministro de Cooperación Internacional y de Integración del Gobierno italiano.

Hace dos siglos parecía imposible abolir la esclavitud, que parecía una constante de la historia humana. Hay toda una biblioteca de viejos escritos sobre el hecho de que la economía no habría funcionado sin esclavitud: era imposible abolirla. Estas tesis fueron desmentidas. Hoy la esclavitud es marginal, aunque haya nuevas formas de esclavitud. ¿Por qué no soñar que igual que fue abolida la esclavitud se pueda acabar con la guerra en un mundo reconciliado? No es una pura utopía. Todos los sueños de la humanidad parecían irrazonables...

En los años noventa no se acogió la ocasión de la caída del comunismo para construir un orden de paz. Muchas pasiones nacionales y nacionalistas han renacido; muchos odios se han avivado, se han preparado premisas de nuevos conflictos. Ha explotado la violencia en nombre de la religión. Con la lejanía en el tiempo, se ha olvidado el gran horror de la segunda guerra mundial con los seis millones de muertos en la Shoah, con tantos civiles muertos, con el uso de la bomba atómica. Hoy se rehabilita la guerra como método de solución de conflictos. Hemos olvidado la historia. Sin historia nos convertimos en prisioneros de las pasiones de un momento.

Además, es fácil el recurso a la violencia y al terrorismo para hacer valer los propios derechos o para hacer sentir la propia presencia. Las organizaciones mafiosas han asumido una fuerza militar, aunque no tengan rostro controlan países enteros, como Guinea Bissau con el narcotráfico. Los terroristas religiosos crean verdaderas bases territoriales como el califato. En las tierras de la desesperación los Estados se disgregan, como en Somalia. Con la falta del Estado termina el orden y la seguridad. La falta del Estado es una pobreza más para los pobres. En demasiadas tierras la pobreza se entrelaza con una rabia profunda, campo de cultivo de nuevas violencias. Hay partes del mundo donde un sector de la población, incluso joven o muy joven, vive de la violencia. La situación de los niños o adolescentes soldado ilustra esta condición. La guerra empobrece a los ricos y destruye a los pobres: es la madre de todas las pobrezas. Por lo demás, ¿qué se puede hacer?

Es un panorama preocupante. Muchos han decidido no pensar en ello. Por eso os agradezco que me hayáis invitado a hablar de estos problemas. Ante este panorama, ¿qué hacer? ¿Qué pueden hacer los cristianos? ¿Cómo afirmar la paz en tiempo de guerra? Son preguntas urgentes. El Papa Francisco habla de una condición de guerra general; una tercera guerra mundial, aunque librada a pedazos, ¡a capítulos! ¿Qué

hacer? No es fácil encontrar la respuesta. Nos sentimos poco relevantes ante las decisiones de paz o de guerra que vienen de otros lados, a menudo de países que no son los nuestros. A veces nos atrapan la impotencia y el pesimismo.

Se enfrían las grandes pasiones de unidad, nacidas del Concilio Vaticano II. El Vaticano II había relanzado con fuerza el mensaje de paz, una conciencia que viene de las fibras profundas de la Iglesia. El Concilio afirma: «La Providencia divina nos pide insistentemente que nos liberemos de la antigua esclavitud de la guerra» (*Gaudium et Spes* 1606). ¿Liberarnos de la guerra? Parece que nuestro tiempo no es un tiempo de grandes sueños, sino la estación para refugiarse en las casas o en las instituciones de nuestras comunidades. El repliegue dentro de nuestros mundos (pequeños o grandes, parroquias, diócesis, Iglesias, congregaciones religiosas, pero también mundos laicos) es muy común. Nos replegamos en nuestras comunidades, en las Iglesias, como extrañándonos de un mundo demasiado grande, en el que poco se puede hacer. Una Iglesia que no se mide con los problemas de la guerra y de la paz es una Iglesia introvertida. Es verdad: cada día hay muchos problemas que resolver allá donde estamos, no es necesario salir en búsqueda de problemas. La gestión consume energías. Podemos litigar, discutir dentro de las comunidades: pero esto no cambia la historia. Me pregunto: ¿quién quiere cambiar la historia hoy?

Y sin embargo hay mucho que cambiar, que curar, que ayudar. Gracias a la globalización de los medios de comunicación podemos ver todo, mucho dolor, también a gran distancia. Estas imágenes de dolor son preguntas. Pero ¿qué puedo hacer ante lo que veo? Muchas veces nada. Es una impotencia que nos vuelve pesimistas. Y así nos acostumbramos a vivir sin sueños y sin esperanza de cambiar. Acabamos resignándonos a la realidad: también a la guerra como compañera inevitable de la historia humana. Como mucho tratamos de mantenernos lejos.

LA CULTURA DEL MIEDO Y LA FE

Impotencia y pesimismo son nuestra experiencia cotidiana. Pero también está la intimidación de una forma de pensar, de los mensajes de los medios de comunicación. Estamos en una estación democrática, pero hay una intimidación de esa nueva religión que es el conformismo.

Da miedo. Es el miedo del que hablan todas las Escrituras. Es la cultura del miedo en la que estamos inmersos. ¡No se puede hacer nada! ¿Cómo no tener miedo ante la desproporción entre nuestras fuerzas y la realidad? Hay una cultura del miedo en el mundo de la Iglesia: «siempre se ha hecho así», «es imposible», «es inútil»... Son formulaciones razonables del miedo.

En contextos diferentes, la Biblia está llena de invitaciones a «no tener miedo». Dios habla, generación tras generación, a esta humanidad asustada. El episodio evangélico de los discípulos en el mar en tempestad muestra el miedo de los creyentes sobre la barca de la comunidad cristiana. Se sienten abandonados por un Señor que les parece impasible ante la tempestad: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (Mc 4,38) –le gritan los discípulos reprochándole la distancia. Él, al despertarse, calma el mar y les hace una pregunta, válida también para nosotros: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (Mc 4,40).

¿Por qué tenéis miedo? La pregunta de Jesús encuentra una respuesta en el segundo interrogante: ¿Aún no tenéis fe? Pesimismo, irrelevancia, impotencia y miedo son nuestras actitudes ante la historia veloz y prepotente. Y los instrumentos que nos encontramos en la mano con frecuencia nos parecen poco adecuados. Pero es un error insistir antes que nada en los instrumentos. En la vida de la Iglesia a veces se discute demasiado sobre instrumentos e instituciones, creyendo que lleven a la renovación. La respuesta está en la fe. ¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?

En un mundo difícil, conflictivo y belicoso, el problema de la fe es decisivo. Dice Jesús a los discípulos: «Tened fe en Dios. En verdad os digo que si uno dice a este monte: 'Quítate y arrójate al mar' y no duda en su corazón, sino que cree en que sucederá lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: 'Todo cuanto pidáis en la oración, creed que os lo han concedido y lo obtendréis'» (Mc 11,22-24). La fe de los creyentes puede mover las montañas. Muchas veces nos quedamos al pie de las montañas, intimidados por su altura y su imponentia. Renunciamos a luchar por la paz ante las montañas de odio, de violencia y de armamentos.

En la poca oración está la raíz del miedo y de la poca libertad ante el conformismo: ¿No invocan al Señor? Pues temblarán de espanto» –dice el salmo 14/13 (5). La Comunidad de Sant'Egidio, con la oración de cada tarde, trata de vivir esto: volver a partir con fe desde la Palabra de Dios. A todas nuestras comunidades en todo el mundo les pedimos –como

primera obra— encontrarse para rezar. Esto es decisivo en nuestro trabajo por la paz: la oración es el grito de quien no se ha resignado a la guerra y al odio. La fe y la oración nos restituyen la audacia y la libertad de soñar. Somos poco audaces en los sueños y en las esperanzas.

Gregorio, un gran obispo de Roma nacido en el 540 en tiempos de guerra, cuando el imperio romano se derrumbaba y desaparecía un horizonte de siglos, escogió predicar la Palabra de Dios a un pueblo en crisis. No conocía el futuro, pero se puso a predicar la Palabra de Dios. Gregorio decía: «¿Qué otra cosa es la Escritura sino la carta de Dios omnipotente a su criatura? Por tanto, léela con amor ardiente. Trata, te ruego, de meditar cada día las palabras de tu creador. Aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios».

EL EVANGELIO DE LA PAZ

La fe libra del miedo y devuelve la libertad y la audacia de esperar: ¡nada es imposible para quien tiene fe! Sobre todo una comunidad que cree descubre la herencia de paz que el Señor ha dejado a los discípulos. Jesús ha dicho en el último discurso en el Evangelio de Juan: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo» (14,27). Es el Evangelio de la paz. En la comunidad cristiana hay una herencia de paz. Dios es el autor de la paz, como atestiguan los profetas. El apóstol Pablo afirma la carta a los Efesios: «Él es nuestra paz...» (2,14). El Señor es manso y humilde de corazón; no odia a quien lo persigue, a quien conjura contra él, a quien lo traiciona. No acepta ser defendido con la espada aun siendo en legítima defensa. Reprende a los discípulos que le llevan dos espadas diciendo: ¡basta!

Para los cristianos, la paz no es ante todo política sino una realidad personal, del corazón y de las relaciones con los demás. La paz es ese mar en tempestad que se calma gracias a la Palabra de Jesús. Por esto el cristiano está llamado a ser un hombre pacífico, también en los conflictos. Quien no es pacífico se aleja del Evangelio. Violencia y Evangelio no van juntas.

El primer acto de paz es *resistir a la violencia*, a la guerra, al odio. Esta resistencia radica en la identidad del cristiano: en la imitación del Señor pacífico, manso y humilde de corazón. Los discípulos son trabajadores y comunicadores de paz. La paz se irradia a partir de ellos. Vuelven a la

mente las palabras de un gran monje ruso, Serafín de Sarov: «Conquista la paz interior y miles a tu alrededor encontrarán la salvación». El cristiano no usa un lenguaje violento, no se contrapone, no considera a los demás como enemigos, no se deja llevar por odios y venganzas, aunque sea en nombre de la justicia. La resistencia a la violencia es decisiva porque todos nos dejamos llevar por las pasiones, los nacionalismos, los belicismos, los fundamentalismos: de esta forma desperdiciamos míseramente el gran don de la paz. ¡Muchas veces lo hemos hecho!

También podemos *hacer la paz*. Nosotros tenemos una fuerza de paz. A lo largo del siglo XX, todos los Papas han sido grandes profetas de paz. También han sido trabajadores de paz. Pienso en la transición pacífica que Juan Pablo II encauzó en el Este europeo. Tengo en la mente la gran oración de Francisco por Siria. Muchas veces, sin embargo, los Papas han sido dejados solos por los fieles, que no creen que la paz tenga que ver con su misión o se dejan llevar por las pasiones. Están intimidados por el conformismo resignado. El mundo está en llamas y ellos sólo miran a los pobres problemas de su país. Sin embargo, la paz es nuestro carisma. ¡Debemos hacer cosas más grandes! Vivir como pacíficos y actuar como pacificadores. ¡Hay que descubrir este carisma oculto en nuestra vida!

Ser pacificadores quiere decir dar un sentido generoso a la propia vida. Sobre todo hacia los pobres. No hay vida cristiana sin amistad con los pobres. La amistad con los pobres es un acto de paz con aquellos a quienes la sociedad hace la guerra. Los refugiados muchas veces son hijos de la guerra. Los pobres de nuestras sociedades son los heridos por la violencia de una economía ciega. Pienso en los ancianos, a los que el progreso les hace el don de vivir más, pero esto se convierte en una verdadera maldición, porque los últimos años de la vida están marcados por el abandono. El amor siembra, también misteriosamente, una paz profunda, más allá de la lógica del dar y tener. Quien quiere la paz, ¡que ame a los pobres!

En nuestras sociedades muere el vivir comunitario en periferias de individuos anónimos, en familias que se rompen, en países que se despueblan. Donde todos son extraños, sin lazos, muere la paz y se desarrolla la violencia. Crece una cultura de la violencia que educa a generaciones enteras a través del culto exclusivo del propio interés: es el evangelio de este mundo, el que le gritan a Jesús bajo la cruz: ¡sálvate a ti mismo!

Vivir como pacíficos crea un clima diferente también en el mundo público y en las relaciones personales: crea lazos y reduce las adversidades. Dice el Salmo 37/36 (37): «tendrá futuro el hombre de paz». El futuro –dice el Salmo– pertenecerá a los hombres de paz. En la oración judía del Sábado por la tarde se lee lo que dijo el rabino Eleazar: «Los sabios acrecientan la paz del mundo...». Los hijos de la Iglesia son los sabios que acrecientan la paz del mundo –como decía Eleazar. Sin embargo, estos hombres y mujeres pacíficos muchas veces son odiados y combatidos. Pienso en los cristianos mártires de Oriente Medio. La violencia totalitaria del Islam del califato quiere extirparles. Su presencia mansa es una silenciosa resistencia al odio religioso.

UNA MISIÓN DE PAZ: EL DIÁLOGO

Los cristianos tienen una fuerza de paz. Este es mi testimonio. ¿No debemos usar esta fuerza en un tiempo de tercera guerra mundial? En toda situación, incluso en tiempos de violencia, los cristianos están llamados a custodiar la paz. Su vida recuerda que no hay nada más grande que la paz ante la locura de la guerra o la difusión de la cultura del enemigo. Las comunidades cristianas retejen con amor el tejido sin paz, lacerado, de tantas comunidades humanas, de barrios, de periferias, de pueblos. Decía don Andrea Santoro, un sacerdote de Roma asesinado en Turquía en 2005: «Para poner freno a la ferocidad se necesita la inteligencia de la caridad y la movilización de recursos profundos». En este momento difícil de gran tensión, no podemos vivir como si no sucediera nada. Se necesita una gran movilización, no contra alguien sino a partir de los recursos profundos.

Tenemos una misión de paz. Esta misión se realiza a través del diálogo con quien es diferente de nosotros: gente de otra religión, de otra cultura, de otra nacionalidad. El diálogo construye la paz preventiva, porque previene los conflictos y acerca al que está lejos. Es decisivo el diálogo entre las religiones para que emerja ese sentido de la paz que radica en Dios. Porque, con perspectivas diferentes y tradiciones diferentes, todos miran a Dios y saben que el mundo no se cierra a nuestro alrededor. Es un mensaje que viene del espíritu de Asís, aquel gran encuentro querido en 1986 por Juan Pablo II, que puso de relieve el lazo entre la paz y una auténtica religión. En este espíritu de Asís, cada año la Comunidad de

Sant'Egidio ha reunido en diferentes ciudades del mundo a líderes de las religiones: ¡seguimos hablando y rezando unos junto a otros!

Hace pocas semanas, en Amberes, en un encuentro de este tipo (el año próximo será en Albania) el paquistaní Masud, miembro de la Corte Suprema, se ha preguntado cuál es el Dios de los terroristas del califato: su Dios –ha afirmado– es la sed de poder absoluto sobre los hombres, por tanto no es un Dios sino un ídolo. Ha planteado la cuestión teológica de la violencia religiosa, sedienta de poder, que se manifiesta sacrificando la vida humana. Para el Islam, esto es un ídolo. En este periodo, después de la proclamación del califato, se ha abierto un gran debate en el mundo musulmán. La violencia hecha en nombre de Dios y el fanatismo religioso –estoy convencido– se detienen con el nombre de Dios, deslegitimando todo fundamento religioso.

En Amberes el rabino argentino Abraham Skorka, el amigo del Papa, ha insistido: quien interpreta fanáticamente las Escrituras «vacía el auténtico contenido de su credo, transformándolo en burdo paganismo». Dios no es mío: este es el mensaje que emerge de toda religión. Pensemos en el antiguo lema de los caballeros teutónicos, que llevaban la fe con la espada, que se convirtió en el nazi: *Gott mit uns*, ¡Dios está con nosotros! El pecado del fanatismo es poseer a Dios. El verdadero creyente, sin embargo, se deja poseer por Dios. El rabino israelí David Rosen ha afirmado: «ni aunque fuera el rey David en persona, puedo afirmar que Dios está de mi parte». «¡Lo más importante es que nosotros estemos de la parte de Dios! Nosotros estamos de la parte de Dios –declara el Midrash– si nos hacemos cargo de los pobres y de los necesitados». Skorka explica: «La fe distorsionada del pagano se sustenta en el hecho que éste aduce poseer un conocimiento especial de lo divino. Lo divino es asequible a sus manos y a su entendimiento. Siente que algo de Dios se halla subyugado a su voluntad». Pero –dice el rabino– dejemos hablar a Isaías: «Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos» (55,8). Para él, la lectura atenta de la Biblia revela que Dios no se enfurece tanto por el pecado o por la poca fe, sino sobre todo por la distorsión de su imagen, como el becerro de oro.

Cuando los creyentes hablan entre sí emergen las diferencias pero también la orientación común hacia Dios. Ha dicho el musulmán Masud: «Debemos excavar más al fondo de nuestras respectivas tradiciones para encontrar terrenos comunes y recrear una confianza recíproca: ¡la

esperanza común por la paz!» En efecto, hablando a distancia, a través del bombardeo de los medios de comunicación que disparan a distancia, el mundo se ahoga: se ahoga sin diálogo –como dicho el Papa Francisco. Ninguna religión es una isla. Y los cristianos, con el diálogo, tienen la tarea de crear puentes. Un gran tejido de diálogo y amistad parece mantener una esperanza, es más, mostrar que la paz es posible. Así el cristiano no es un doctrinario ni un agresivo, sino un amigo de los hombres. El diálogo es un gran trabajo de amistad. El obispo luterano alemán Jurgen Johannesdotter ha declarado en Amberes: «La amistad es una característica de la persona de fe». Y el obispo copto de Egipto Amba Epiphanius ha añadido según la enseñanza de los Padres: «Una palabra de amabilidad y de amistad tiene el poder de transformar a los malvados en hombres justos». Ser hombres y mujeres pacíficos quiere decir construir una red de amistad con quien está a nuestro alrededor y con el diferente, el lejano y el hostil. La amistad y el diálogo acortan las distancias y previenen los enfrentamientos.

HACER LA PAZ

La paz es algo demasiado serio como para que esté reservada sólo a los políticos o a los diplomáticos. La paz es nuestra: es nuestra misión. Cuando hablo de paz, tengo en mente los conflictos grandes y pequeños, la violencia difusa, el odio como modalidad de relación humana. ¡Cuánta necesidad de paz hay alrededor nuestro! Esta necesidad es, en un cierto sentido, sed de Dios, de su reino, de la justicia. La ambición de una comunidad cristiana debe ser servir a la paz en todo lugar, aunque sea el más pequeño y olvidado, aunque se refiera un solo hombre o una sola mujer, cuyas vidas no valen mucho. Significativamente, en esto convergen la tradición judía y la islámica. Quien salva una frágil vida, cambia el mundo. Es conocida la Mishná judía, codificada por Maimónides: «Quien salva a un hombre salva el mundo entero». Y es poco conocida la expresión del Corán en la Sura de la Mesa: «Quien matara a una persona es como si hubiese matado a toda la humanidad. Y quien salvara una vida es como si hubiera salvado las vidas de toda la humanidad».

Toda pequeña comunidad puede hacer mucho por la paz. Gente que reza por la paz, que se las ingenia para hacer la paz; que crea lazos con el diálogo, que comunica el Evangelio que es paz. Porque cada vez más,

en un mundo de choques de civilizaciones y de religiones, en sociedades intoxicadas por las pasiones, ser cristianos será ser pacíficos, pacificadores, comunicadores de paz

Después del siglo XX, terrible siglo de guerras y violencia, además que tiempo de grandes e innegables progresos, hemos comprendido mejor el valor de la paz. Hemos comprendido –esta es la conciencia preciosa de la Iglesia Católica– que las guerras y las violencias dejan el mundo peor de como lo han encontrado, aunque se hayan hecho con fines razonables. La guerra es siempre –decía Juan Pablo II– una aventura sin retorno.

Pero, ¿es posible hacer la paz en los escenarios de conflicto? La historia de la Comunidad de Sant'Egidio, en lo pequeño, muestra que es posible hacer la paz. Quisiera citar un caso concreto que me ha visto como mediador con la Comunidad: Mozambique. Cuatro millones de desplazados mozambiqueños, un millón de refugiados fuera, un millón de muertos, expresan ese drama. Sin embargo, incidir en aquel conflicto parecía imposible. Después de haber hecho cooperación al desarrollo con aquel país, concebimos un diseño ambicioso: ayudar a la paz. El primer paso fue llegar hasta la guerrilla, la Renano, fruto de los traumas de la colectivización comunista y de la violencia del régimen: conducir a los guerrilleros (que no perdían pero tampoco vencían) a buscar otro camino diferente a la lucha armada. El gobierno marxista se daba cuenta de lo impracticable de la guerra, mientras controlaba sólo una parte del país. El compromiso por la paz –yo era uno de los cuatro mediadores– consistió en hacer pasar el conflicto de la lucha armada al enfrentamiento político en un marco democrático a través de largas negociaciones. Hoy, desde hace más de veinte años, la democracia se mantiene en Mozambique. Permitidme que cite mi discurso de apertura de las negociaciones en Sant'Egidio, en Roma, en 1990, para que podáis sentir un poco el clima:

«Existen graves problemas del pasado y del futuro... ¿Seremos capaces de resolver y superar las dificultades humanas y políticas que hay sobre el terreno? Nos viene a la mente una expresión de un gran Papa, Juan XXIII, que fue también su método de trabajo: 'Preocupémonos de buscar lo que une más que lo que divide'... Lo que une no es poco, al contrario, es mucho. Está la gran familia mozambiqueña, con su historia de sufrimientos muy antiguos durante el infeliz periodo colonial y durante los años recientes. La unidad de la familia mozambiqueña ha sobrevivido a esta historia

de sufrimientos. Nos encontramos hoy, permítanme decirlo, ante dos hermanos, verdaderamente parte de la misma familia... que han luchado entre sí... Los conflictos con extraños pasan. Entre hermanos todo parece más difícil. Sin embargo se sigue siendo hermanos, a pesar de todas las experiencias dolorosas. Esto es lo que une, ser hermanos mozambiqueños, parte de una misma familia».

La implicación de la comunidad internacional en las negociaciones de paz se produjo progresivamente, con la acreditación de cuatro gobiernos (norteamericano, portugués, francés y británico) y la ONU. Los mediadores oficiales de las negociaciones, que se desarrollaban en Sant'Egidio, en el corazón del barrio de Trastevere, estaban en contacto constante con las dos delegaciones. Al mismo tiempo continuaba la vida normal de la Comunidad con la oración de cada tarde en la que nunca falta la invocación por el gran don de la paz.

Este tiempo fue, especialmente para la guerrilla (que sólo sabía combatir), una escuela de política. Para ser fundada, la paz debe cambiar la mentalidad de los hombres. Quisiera insistir en la «debilidad» de los mediadores. La fuerza débil de Sant'Egidio era no tener un interés de parte, salvo la paz. Sobre esto ha escrito Boutros Ghali, secretario de la ONU:

«La Comunidad de Sant'Egidio... ha trabajado discretamente durante años para que se encontrasen las dos partes. Ha hecho fructificar sus contactos. Ha sido especialmente eficaz en implicar a otros para que contribuyeran a una solución. Ha puesto en práctica sus técnicas caracterizadas por la discreción y la informalidad, en armonía con el trabajo oficial llevado a cabo por los gobiernos y los organismos intergubernamentales. Sobre la base de la experiencia mozambiqueña se ha acuñado el término 'fórmula italiana' para describir esta mezcla, única en su género, de actividad pacificadora gubernativa y no gubernativa...».

Estas experiencias de diálogo obra de Sant'Egidio se han multiplicado en África y no sólo, como en Burundi con la guía para la comisión para el desarme, o en algunos otros países, entre ellos recientemente la República Centrafricana. Ellas revelan una fuerza de paz que la comunidad cristiana posee para curar del gran demonio de la guerra. Estamos en un tiempo en el que muchos pueden hacer la guerra, utilizar armas, promover acciones terroristas, desestabilizar regiones enteras. Pero en un tiempo en el que muchos pueden hacer la guerra, muchos pueden también trabajar por la paz.

¿UN MÉTODO DE PAZ?

Muchas veces, el punto crucial en los procesos de paz entre quien se combate se produce con el mutuo reconocimiento de las partes el lucha como componentes de un destino común. El otro no es sólo el enemigo a destruir, sino una parte que integrar del futuro del país. Muchas cosas dividen a quienes combaten entre sí: acciones graves verdaderas o presuntas, sangre, clima de violencia que ha generado actos deplorables, odio por el otro que se ha convertido en un sistema de cohesión para la propia parte, un sentido místico de representar el bien contra el mal... Hay que hacer emerger lo que las partes tienen en común para encauzar los caminos de la paz. No es fácil ni siquiera dentro de marcos nacionales. Hay situaciones muy complejas, como la de Kosovo, que hemos afrontado. Los kosovares de origen albanés aspiraban a la independencia mientras el gobierno serbio de Belgrado consideraba aquella tierra como su patria histórica. Entre serbios y kosovares hay una verdadera patología de la memoria que se remonta a la historia lejana. Piénsese en la historia de dolor entre hutus y tutsis en Burundi o en Ruanda.

Cada parte tiene su «memoria». Muchas veces las partes o los pueblos que se han combatido son prisioneros de la memoria, sobre todo de los males recibidos. Se sienten víctimas de la historia y esa situación pide venganza y exige seguir combatiendo. La reconciliación es aceptar un futuro juntos. Aunque sea el de partes políticas de un sistema democrático nacional; aunque sea el de vecinos con una cierta autonomía. Pero es imposible si las partes implicadas no reconocen que lo que une es mucho más grande que lo que ha dividido. Lo que une es la convicción de que no hay futuro con la eliminación del otro. En el conflicto en Kosovo (un intento de secesión para los serbios, una reivindicación de independencia para los kosovares), una negociación paso a paso trataba de hacer crecer un lenguaje común entre las dos partes de perspectivas inconciliables. Se tenía que evitar la guerra que habría radicalizado más las posiciones, además de sacrificar vidas humanas.

La guerra afirma que no hay nada en común. Es la práctica sanguiñaria de la división a todos los niveles. Se presenta (en vez de largas negociaciones) como la solución más rápida, una intervención quirúrgica, dolorosa, pero capaz de restablecer la paz. Pero, ¿es así? La experiencia contemporánea está llena de guerras que se gangrenan, de rápidas soluciones que se convierten en largos conflictos, de odios que se transmiten

de generación en generación. La guerra no es nunca una operación quirúrgica fácil, es más, suscita consecuencias incontrolables. Lo vemos en la de 2003 en Irak. En este sentido la actividad de Sant'Egidio es acción para prevenir los conflictos armados. Hay que incrementar siempre la conciencia de lo que une, poniendo de lado lo que divide.

CONCLUSIÓN

Caminamos hacia un tiempo de conflictos. La fe cristiana no se reduce a pacifismo; es una vida evangélica que, más consciente de sí, libera una fuerza de paz. Si somos evangélicos en lo profundo, sabremos trabajar por la paz y prevenir los conflictos. Este mundo nuestro difícil necesita gente no resignada. Esta Europa nuestra, que ha perdido el sentido de su misión, necesita encontrar una misión en la paz. ¿Debemos hacerlo nosotros? ¿Podemos? Decía el gran Hillel, contemporáneo de Jesús: «Cuando falten los hombres, ¡esfuérate en ser hombre!».

